HUGO MUÑOZ VILLANUEVA

# DAIN GEAST

## EL DRUIDA AZUL



Áurea Ediciones

# I

El chico abrió lentamente los ojos, pudo oler la brisa marina filtrándose entre la madera de la nave, la luz del sol irrumpía en la pequeña habitación a través de la ventana. Apenas comenzaba el día, pero ya se oía cómo la tripulación trabajaba. Los trapos empapaban la cubierta, se escuchaba al cocinero preparando el desayuno y las órdenes del líder resonaban hasta el último rincón del barco. Era como si la nave nunca descansara.

La puerta se abrió de golpe, dejando entrar el ruido del barco. Un hombre barbón, algo delgado y bastante sucio entró en el diminuto cuarto. Era Frank.

—Vamos, pequeño príncipe, hay tareas que realizar —dijo en un tono irónico.

El chico se sentó de golpe, luego se refregó los ojos.

—Yo esperaba el desayuno en la cama —respondió en el mismo tono, tratando de abrir los ojos.

—Será mejor que te apresures. Nauth está hecho un troll, peor que un troll. Al parecer, la escasez de comida nos tiene a todos algo alterados.

Vio en el suelo la camisa del joven, la recogió y se la lanzó en la cara.

—¡Apresúrate! —dijo antes de desaparecer entre el caos de la nave.

El adolescente se dejó caer de nuevo en su cama, miró al techo y cerró los ojos para tomar aire.

Lotriend era lo menos parecido posible a un clásico niño de catorce años. No, él era un aventurero de sangre. Él no tenía padres, desde que tenía memoria siempre había sido cuidado por Nauth. De pequeño tuvo que aprender a valerse por sí mismo. Nauth le enseñó a robar, engañar a la gente, actuar y un sinfín de cosas que un chico huérfano necesitaba para sobrevivir. Sonará extraño que un adulto le enseñe esas cosas a un niño, pero él no tenía mucho más que ofrecerle. Vivió siempre en sus aventuras y trabajos sin tener tiempo para Lotriend, por lo cual no podríamos decir que era un "padre adoptivo".

"No creas que me preocupo por ti como un hijo. Eres un bastardo, Lotriend, y al igual que yo, tendrás que valerte solo toda tu vida. La diferencia entre un padre y yo es que yo no te mentiré sobre esta vida, no te la pintaré de colores ni rosas. La diferencia entre tú y yo es que yo te ayudaré y enseñaré a sobrevivir. Yo no tuve esa suerte, viví y aprendí totalmente solo, que para este mundo la gente como nosotros es desechable, para ellos somos basura". Esas fueron las palabras que utilizó cuando Lotriend cumplió los siete años y tontamente le preguntó si podía llamarlo padre.

Lotriend tenía una cabellera larga y negra que le llegaba hasta la altura de los hombros, la cual contrastaba con su blanca tez como la nieve. Ojos grises como el hierro, cejas arqueadas, nariz delgada y recta, su boca era medianamente grande, de labios ni tan gruesos ni tan delgados y su cabello era liso como el filo de una espada. Era alegre, bromista e inocente, siempre mostraba una sonrisa ante los problemas,

debido a su dura infancia se comportaba como alguien mayor a su edad y esto siempre lograba extrañar a las personas que le conocían. Y desde que tenía uso de razón poseía un extraño medallón que colgaba siempre de su cuello, en este se podían ver dos dragones enredándose alrededor de una espada, nunca supo su significado ni por qué lo poseía, pero le tenía mucho cariño, ya que, según Nauth, es el único recuerdo vivo que queda de sus padres.

Ya había cumplido catorce años de los cuales doce los había pasado viviendo a las faldas de Nauth y de la compañía como sus únicos "familiares", allí había crecido escuchándolos hablar sobre sus aventuras y sus tragedias, sus romances y sus grandes hazañas, también había llorado por la pérdida de algunos amigos, pero sobre todo había visto cómo se formaba la compañía desde sus inicios, había presenciado el nacimiento del "Dragón del diamante negro"... el nacimiento de Dain Geast.

Solía no hacer nada más que leer libros que Nauth tenía en su biblioteca y salir a dar vueltas por la ciudad. A veces robaba comida o juguetes para su entretención y a veces se metía en más de algún problema del cual Nauth lo había tenido que sacar. Pero todo eso cambió cuando conoció a Candhel, un músico que hipnotizó al pequeño en el instante que este le oyó tocar su violín en la plaza de la ciudad. Fue tanta la magia que Lotriend sintió en ese momento que comenzó a perseguir al cantante cual fanático hasta lograr hacerse su amigo. Con él aprendió de la magia y los misterios del arte. Candhel le enseñó a tocar distintos instrumentos y a contar historias como los viejos cuentacuentos, fue un largo pero hermoso proceso. Al final, Lotriend no necesitaba robar, se ganaba el dinero tocando en bares y actuando en la plaza de la ciudad junto a su amigo artista.

Todo eso era hermoso para él, pero duró hasta que Nauth le dijo que debían marchar al Nuevo Mundo... Fue entonces cuando Candhel le regaló el que hasta el día de hoy se convirtió en su instrumento favorito, un laúd de seis cuerdas con una caja de resonancia plana y un mástil derecho, con una forma curvilínea en el cuerpo que se asemejaba a la figura de una doncella. Según Candhel, era un instrumento de otro tiempo y lugar, el cual había obtenido por medio de una apuesta con una duende. Era una guitarra... El músico le hizo este regalo como símbolo de lo que se había convertido, ya no era un ladrón, ahora era un artista y él esperaba que Lotriend mantuviese ese camino.

Se armó de energías y volvió a sentarse en la cama, observó su escritorio donde reposaban un montón de hojas de papel arrugadas, varios libros sobre historias y leyendas del Nuevo Mundo, una pluma, tinta y un montón de chucherías sin mucho valor. Su pieza era la más pequeña de la nave, sin embargo, se las había arreglado para hacer entrar una cama, su escritorio y un par de cajas donde llevaba sus cosas. Además, cabía su guitarra y una bolsa donde guardaba sus implementos para trabajar. Se rascó una ceja y bostezó sintiendo el sueño arrastrarse por los músculos de su cara. Miró por la ventana y se dio cuenta que el sol no entraba en la habitación, esto le llamó la atención. Calculó mentalmente qué hora debía ser para que el sol ya no entrase en su cuarto.

—¡Mierda, mierda, mierda! —gritó saltando de su cama asustado—. Son casi las doce, ¡Nauth esta vez sí que me corta la cabeza!

Se había quedado dormido sin darse cuenta y ya habían pasado más de tres horas desde que lo habían venido a despertar. Buscó frenéticamente el resto de la ropa que había

usado el día anterior, se puso los pantalones y torpemente trató de ponerse la camisa. Así salió corriendo a medio vestir de la pequeña pieza, aun arreglándose la camisa y con una bota en la mano izquierda.

Entró en la cocina saltando en un pie tratando de encajar la desgastada bota. Sin embargo, ya habían pasado horas desde que la gente había desayunado, los platos vacíos descansaban en el mesón esperando a ser lavados y aparte del cocinero nadie más se encontraba allí. Logró ponerse el calzado justo antes de llegar al mostrador desde donde Botch lo miraba. Para su desgracia, ya no había platos con comida.

—Llegas tres horas tarde al desayuno, chico —Botch lo miró sonriendo—. Por suerte te guardé algo por aquí.

Botch no era un sujeto muy alto, tenía una contextura gruesa, con unos cuantos kilos de más. Tenía el pelo rubio y corto, los ojos castaños claros y su tez era pálida como la de Lotriend. Su edad debía rondar casi los cuarenta y cinco años, pero aun así tenía la misma energía que el más joven de la compañía. También tenía un mostacho bastante prominente el cual cuidaba meticulosa y arduamente, los músculos de sus brazos contrastaban con su barriga abultada y casi siempre vestía una bata de cocina color gris que Nauth le había regalado, la cual llevaba tejido el símbolo de la compañía en su espalda. Era simpático y duro a la vez como un abuelo, tenía sus momentos de ira en donde más que preocupar a los demás los hacía reír. Era muy justo en sus decisiones y eso se veía reflejado hasta en la cantidad de comida que recibía cada uno en su plato, solía contar historias que había oído cuando pequeño y siempre estaba dispuesto a ayudar a los demás. Botch era sin duda alguien noble y de gran corazón, pero era difícil que él perdonase